

COLECCIÓN VALLE DE PACHACAMAC

ARQUEOLOGÍA DEL PERIODO FORMATIVO EN LA CUENCA BAJA DE LURÍN

Richard L. Burger y Krzysztof Makowski
Editores



Capítulo 10



Volumen 1



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Arqueología del Periodo Formativo en la cuenca baja de Lurin

Primera edición: marzo de 2009

© Richard L. Burger y Krzysztof Makowski, editores

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2009

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

*Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.*

ISBN (obra completa): 978-9972-881-4

ISBN (volumen 1): 978-9972-42-882-1

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2009-03002

Impreso en el Perú – Printed in Peru

Poder y estatus social a fines del Periodo Formativo: los cementerios del valle bajo de Lurín*

Krzysztof Makowski

Introducción

La época entre el ocaso de Chavín y Cupisnique, y el surgimiento de las denominadas culturas regionales en los Andes centrales (alrededor de 200 a.C.-200 d.C.) estuvo caracterizada por profundas transformaciones. Basta comparar las técnicas y los diseños en arquitectura, metalurgia, cerámica y textilería que se desarrollaron durante los períodos Inicial y Horizonte Temprano con las que gozaban de popularidad en el Periodo Intermedio Temprano y en el Horizonte Medio, para percibir fuertes rupturas en la continuidad cultural. El colapso de las tradiciones de arquitectura ceremonial e iconografía religiosa compleja, luego de un periodo en el que los motivos, las formas y los objetos se desplazaban en todo el área de los Andes centrales con relativa facilidad (véase la discusión sobre el Horizonte Temprano en Burger 1992; 1994 y también Tellenbach 1999), sugiere asimismo una completa reestructuración del orden político.

La dirección y la naturaleza de estas transformaciones no están claras. Las hipótesis de mayor aceptación se fundamentan en el seguimiento de los patrones de asentamiento. Se ha sugerido, entre otros, que la construcción de una red de canales de riego habría contribuido con el aumento de la densidad poblacional (Collier 1955), ya que ello habría creado condiciones propicias para el proceso de nucleamiento (Schaedel 1966; 1978; 1980) y para el surgimiento de centros urbanos (Rowe 1963; Williams 1980; Brennan 1980; 1982; Wallace 1986; Canziani 1987; 1992). La rápida diferenciación social en términos económicos

* Una versión de este artículo fue publicada en Isbell y Helaine Silverman 2002: 89-120.

—estratificación e incluso la formación de clases antagónicas, Lumbreras 1986— habría sido consecuencia lógica e inevitable de este proceso. Otros autores (por ejemplo, Wilson 1987; 1997) han insistido en las características aldeanas de los asentamientos y han enfatizado, en cambio, en el incremento de las enemistades y la formación de élites guerreras; este último fenómeno se refleja, según ellos, en la presencia de sitios fortificados en las cimas, alejados del fondo del valle, y en la presencia constante de armas en los ajuares funerarios.

Ambas hipótesis complementan en buen grado los planteamientos teóricos concernientes al origen del Estado y la sociedad compleja en los Andes centrales, puesto que las evidencias empíricas son limitadas y proceden esencialmente de prospecciones en cinco valles costeros: Virú, Santa, Chincha, Ica, y Nazca. Los datos publicados de Lurín (Patterson 1966; Patterson *et al.* 1982), Rímac y Chillón (Silva *et al.* 1983; Palacios 1987-1988; Silva y García 1997; Silva 1998), Huarmey (Bonavia 1982), Moche, Jequetepeque y Lambayeque (Shimada y Maguiña 1994) aparecen incompletos. Se ha puesto en tela de juicio la importancia de la guerra generalizada (véase Topic y Topic 1996) y los procesos urbanos (por ejemplo, Silverman 1988; 1993; Makowski 1996a; 1998; 2002b) en la prehistoria andina. La crítica se basa en los resultados de excavaciones y análisis iconográficos, y conduce a una interpretación alternativa. Según esta, las confederaciones religiosas de los cacicazgos o señoríos (*chiefdoms* o *complex chiefdoms*) —cuya existencia se desprende de la difusión de los estilos de cerámica y textiles ceremoniales, así como su compleja iconografía— pudieron haber garantizado condiciones relativamente pacíficas de convivencia, salvo las temporadas de combates rituales con reglas preestablecidas. Algunos de los supuestos centros urbanos, como Cahuachi en el valle de Nazca, tendrían en realidad carácter de centros ceremoniales; estos parecen haber sido habitados por un grupo reducido de personal encargado del mantenimiento y eventualmente de la producción de la parafernalia de culto. La gran extensión y la notable cantidad de estructuras en estos centros ceremoniales tendrían su explicación en la actividad piadosa de varias comunidades; es de suponer que cada una de ellas haya edificado un recinto propio en el lugar sagrado (Silverman *op. cit.*). El caso de aquellos asentamientos cuyo carácter urbano ha sido comprobado mediante excavaciones en área de manera fehaciente es diferente; como ejemplo citamos el extenso complejo de arquitectura pública, residencial y talleres al pie de Huaca de la Luna (Chapdelaine *et al.* 1995; Chapdelaine 1997). La estrecha relación cronológica entre su construcción y la consolidación de las estructuras de poder nos lleva a pensar que el urbanismo andino *sui generis* tiene carácter compulsivo (Morris 1972; Hagen y Morris 1998); no precede ni condiciona a la formación de estados, sino más bien constituye una

de las expresiones materiales tangibles de su estructura administrativa e ideológica (Makowski 2002b). Las aglomeraciones urbanas del Periodo Intermedio Temprano nacieron y colapsaron junto con los organismos políticos cuyos centros constituían: por ejemplo, Pampa Grande, Galindo, Cajamarquilla, Maranga, etcétera.

La polémica esbozada líneas arriba ha puesto en evidencia que las inferencias sobre la estructura social prehistórica y la naturaleza de los mecanismos de poder poseen serias limitaciones cuando están basadas exclusivamente en la comparación transcultural de formas arquitectónicas y estructuras de organización espacial de los sitios. La discusión de los cambios sociales requiere de fundamentos de mayor amplitud, y debe partir del análisis de las evidencias funerarias, eventualmente iconográficas, así como del reconocimiento de la función de los espacios arquitectónicos (Wason 1994).

El valle bajo de Lurín

Las evidencias concernientes al valle bajo de Lurín en el periodo crucial que antecede a la consolidación de la cultura Lima cumplen en buena parte con los requisitos mencionados. Cabe resaltar ante todo la abundancia de las investigaciones, tanto en la modalidad de rescate (Stohtert y Ravines 1977; Vradenburg *et al.* ms.) como de proyectos de excavación sistemática a largo plazo (Cárdenas 1980, 1986, 1989, 1999; Makowski y Cornejo 1993; Makowski 1994a, 1994b, 1996b, 1999), que se llevaron a cabo en los cementerios prehispánicos de la margen derecha del río Lurín. La cantidad de contextos funerarios intactos registrados en aquellos cementerios, que se extienden en las laderas de elevados tablazos arenosos entre el famoso sitio de Pachacamac y la quebrada de Atocongo, es incomparablemente mayor a la de cualquier otro valle de la costa, puesto que supera 1.500 entierros. Por otro lado, gracias a la prospección sistemática de Patterson (1966) y los reconocimientos de Engel (1987), se tiene una idea aproximada de la distribución y las características de los asentamientos. Desafortunadamente, salvo la trinchera de Strong (Strong y Corbett 1943) en Pachacamac y nuestros trabajos en Limay, ninguno de estos sitios fue excavado, y más del 50% de ellos ha desaparecido por causa de la expansión urbana o de la habilitación agrícola.

Desde 1991 se realizan, bajo nuestra dirección, excavaciones sistemáticas en el componente oriental del conjunto de cementerios conocido como San Francisco de Tablada o Tablada de Lurín (Proyecto Arqueológico-Taller de Campo «Lomas de Lurín», convenio PUCP-Cementos Lima S.A.; figura 1).

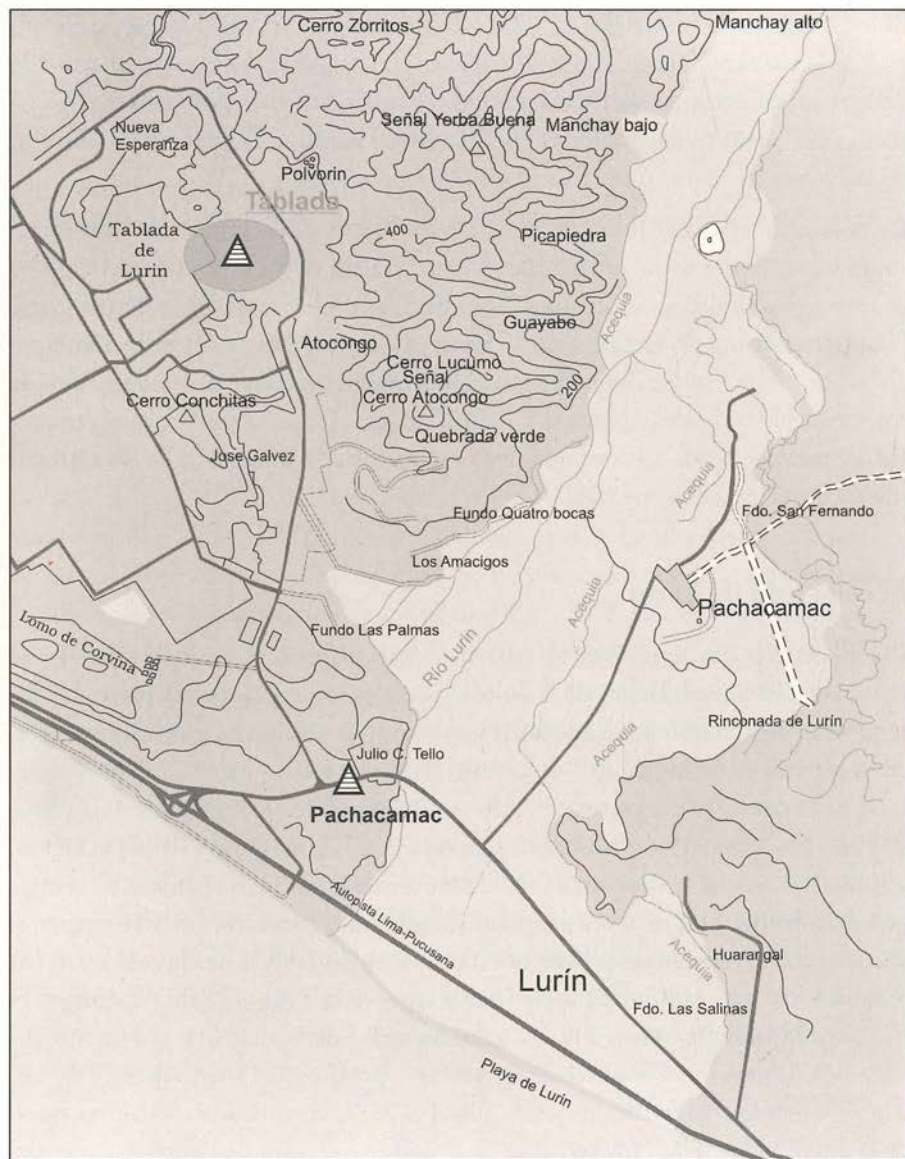


FIGURA 1
Plano de ubicación de Tablada de Lurín.

Hasta la fecha se han excavado 610 entierros en pozo de cámara lateral y cinco cámaras subterráneas con entierros múltiples, denominadas «cistas» en la literatura de lengua española. La superficie del cementerio prehispánico que ha sido expuesta comprende 2.220 metros cuadrados, de los cuales 1.700 metros cuadrados fueron excavados hasta el suelo estéril. Los sectores excavados por

Ramos de Cox (Cárdenas 1980) y Cárdenas (1986, 1989, 1999) entre 1958 y 1988, con metodología distinta de la nuestra, suman aproximadamente tres mil metros cuadrados. Por consiguiente, el área total reconocida supera media hectárea, es decir 3,13% del área mínima estimada del cementerio. Gracias a ello disponemos de información suficiente no solo para abordar el tema de la diferenciación social y su representación simbólica en el ritual de enterramiento, sino también para intentar entender los principios de la organización del espacio destinado exclusivamente para uso funerario. Cabe destacar que los cementerios quedaron abandonados en la época marcada por la aparición del estilo Interlocking, y la característica arquitectura pública de adobitos, íntimamente relacionada con la cultura Lima. Su estudio y la posterior comparación con los comportamientos funerarios lima debería, por ende, aportar al entendimiento del carácter de cambios sociales y políticos en la costa central durante el Periodo Intermedio Temprano.

Características y cronología de los entierros en pozo

La excavación estratigráfica en área, realizada en varias unidades mediante *decapage*, ha demostrado que hay dos ocupaciones funerarias sucesivas en Tablada de Lurín. La más antigua corresponde al cementerio de entierros en pozo (Makowski y Cornejo 1993; Makowski 1994a; 1994b; Makowski y Castro de la Mata 2000). Los pozos de profundidad de hasta 3,40 metros fueron cavados en arena. El espacio destinado para enterramiento se encuentra en el fondo de cada pozo. Por lo general, el hoyo se estrecha en este lugar, y la cámara está parcialmente cavada en una de las paredes, de tal manera que se forma un cómodo descanso que ayudaba a depositar el fardo y el ajuar en su interior. No obstante, a menudo el descanso desaparecía a raíz de sucesivas ampliaciones hechas con el fin de poder sepultar a otros individuos, luego de la reapertura intencional del pozo. En los entierros individuales, la cámara suele recibir un sello de lajas dispuestas de manera horizontal u oblicua. Los textiles no se conservan en Tablada de Lurín, pero las improntas sobre artefactos de cobre y la distribución de los objetos que originalmente estaban en el contacto directo con el cuerpo sugieren que este estuvo originalmente protegido por envoltorios, como un fardo. Salvo casos atípicos, los cuerpos sentados, con los miembros fuertemente doblados, las manos hacia la cara o hacia los hombros, adoptan la misma orientación $\pm 20^\circ$ Este, en todas las categorías de sexo y de edad. Los elementos de ajuar se distribuyen de ambos lados y frente al individuo. En contados casos, las ofrendas ocupan también el espacio de la antecámara, por encima del sello. En los entierros de infantes de

hasta un año de edad algunos objetos suelen ser depositados en la boca del pozo (Tomasto 1998). Muy a menudo sellos de lajas o piedras traídas ex profeso de las laderas de cerros aledaños y depositados en la cima del tumulillo marcan la ubicación del entierro. Junto a este sello se encuentra frecuentemente un cántaro sin cuello, con tapa de cerámica o de laja, parcialmente enterrado (figura 2).

Todos los entierros que poseen las características expuestas comparten la misma ubicación estratigráfica (figura 3). Sus bocas se encuentran en el interface de las capas C y D, y los túmulos con marcadores forman parte del nivel inferior de la capa C. Varios contextos domésticos del Periodo Inicial y del Horizonte Temprano se encuentran asociados con la capa D superior (Makowski 1994b; Jiménez ms. y su artículo en este volumen), mientras que campamentos del Precerámico Medio fueron documentados en los niveles de Dinferior (Makowski 1994b; Jiménez ms. y su artículo en este volumen; León 1999; Salcedo 1997). El estilo cerámico más recurrente en los ajuares de los entierros en pozo merecería el nombre de estilo Tablada puesto que posee características propias, en comparación con otros estilos de su época, como Baños de Boza (Chancay: Willey 1943; Patterson 1966), Miramar (Ancón: Lanning 1963; Tabío 1965; 1972; Patterson 1966), Pinazo y Huayco Inicial en el valle de Rímac y en Huachipa (Palacios 1987-1988; Silva *et al.* 1983; Silva 1998). Entre los rasgos particulares del estilo



FIGURA 2

Foto de matriz de contexto funerario con marcadores y ofrendas de cerámica en la boca.



FIGURA 3

Vista panorámica de la exposición de las bocas de matrices, Sector SE-A.

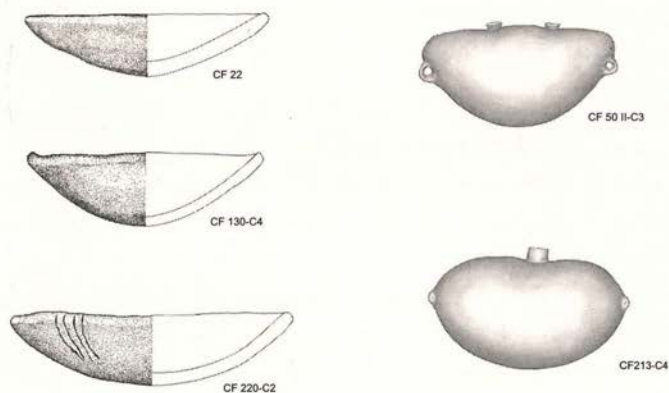


FIGURA 4

Platos de alfarero y botellas frejoloides

Tablada se encuentran la decoración estrictamente monócroma, escultórica, por modelado, con detalles aplicados e impresos, la ausencia de la diagnóstica pintura blanca, y un número de formas particulares, como botellas de cuerpo alargado elipsoide —llamadas «frejoloides» o «cantimploras»—, platos de paredes gruesas o «platos de alfarero», así como diseños de un animal fantástico, de cuerpo híbrido y

boca llena de dientes (figura 4 y Cárdenas 1999, láms. 40, 45, 46, p. 80, foto 35). Muy particular es también la pasta con inclusiones gruesas, producto de la mezcla de varios tipos de arcillas y la técnica de confección, una especie de paletado (*beating*) en el que la mano reemplaza a la paleta. El estirado y el anillado se usan con menor frecuencia, en particular como técnicas secundarias, para iniciar o finalizar la construcción de la vasija. La pasta granular, poco compacta y con alto porcentaje de inclusiones de tamaño mediano (30-40%, con predominio de cuarzos, esquistos, feldespatos y material orgánico), fue probablemente hecha mediante la mezcla de varias arcillas locales (alfar 1: Amaro ms.; Curay ms.). El parentesco entre la cerámica tablada y los estilos enumerados arriba fue observado, entre otros, por Cárdenas (1999) y Stothert (1980, Stothert y Ravines 1977). Sin embargo, no es un parentesco cercano. El número de rasgos realmente compartidos por todas estas tradiciones es limitado y se relaciona con formas domésticas de ollas y cántaros: por ejemplo, cuello corto con borde engrosado y biselado o cántaro mamiforme (Cárdenas 1999: 112-113, foto 70). La relación más estrecha, aunque inesperada, vincula al estilo Tablada con el estilo Higuera del Alto Huallaga, en la vertiente oriental de los Andes. Ambos estilos comparan no solo las formas utilitarias, como ollas de reborde biselado y asas-cintas horizontales, sino también formas complejas decoradas; véase, por ejemplo, el cántaro cara-cuello y el cántaro zoomorfo con dos protomas de felinos (cf. Izumi 1971: figura 4 y Cárdenas 1999: lámina 36, foto 31, lámina 45, fotos 52-59).

La ubicación del cementerio dentro de la cronología relativa de la costa central y sur puede precisarse gracias a la presencia de estilos y elementos de diseño foráneos —formas y motivos—. Dos conjuntos corresponden a piezas traídas al cementerio desde los valles de Lurín y Rímac. En ambos casos, las características de la pasta y de la cocción permiten diferenciarlas a primera vista de la cerámica de estilo Tablada. Muy recurrentes son también las huellas de uso. En cambio, en las vasijas tablada, estas son poco frecuentes, salvo en los platos de alfarero (Curay op. cit.). No descartamos la posibilidad de que la cerámica de estilo Tablada tuviese función esencialmente funeraria, lo que explicaría, por un lado, la mala cocción y, por otro, la ausencia de la mayoría de formas diagnósticas en las muestras recogidas de los asentamientos en el valle. El grupo mayoritario, entre las piezas traídas desde los valles vecinos, está constituido por cerámica muy bien cocida en ambiente oxidante y, por lo general, cubierta de engobe naranja. La pasta es fina y compacta, con poca cantidad de desgrasantes (20-25%, con predominio de feldespatos, esquistos y mica; alfar 2, Amaro op. cit.). Las piezas encuentran cercanos paralelos estilísticos en Villa El Salvador —por ejemplo, botellas ornifomorfas con

asa-puente y ollas de cuello corto con serpientes aplicadas— y en Topará pues los cuencos de paredes carenadas, con recurrente decoración rojo sobre crema en el borde, y diseños bruñidos en el fondo son muy parecidos a las vasijas publicadas por Wallace (1986, ms.; véase también Massey 1986; 1992; Peters s/f; y el artículo de Carrillo en este volumen). Esta clase de cuencos aumenta de popularidad a partir de la fase Jahuay 3. Llama la atención que las botellas con una especie de tapa en la base del asa-puente, encima del cuerpo fitomorfo —lagenaria— o cilíndrico, tan características para la fase Chongos (Wallace 1986: 39), estén ausentes en Tablada; en cambio sí están presentes en Villa El Salvador (Konvalinova 1976b; Delgado comunicación personal) y en Huachipa (Palacios 1987-1988: figura 14). Tampoco se perciben en Tablada influencias de los estilos Campana, Carmen o Nazca, como sí ocurre en los sitios anteriormente citados (Stohert y Ravines op. cit.: lámina 4.3, Palacios op. cit.: figuras 19-21). Solo los tocados de cobre dorado guardan cierto parecido con las diademas Paracas-Necrópolis (Topará) y Nazca (Cárdenas 1993: láminas 3, 6-8; Castro de la Mata 1999: figura 5, CF SE143-Me1). Las botellas con asa-puente y doble pico de aspecto sureño se asemejan en cambio a las piezas Jahuay y Paracas (figura 5; Cárdenas 1999: foto 72). El estilo que predomina numéricamente en la categoría formal de botellas asa-puente tiene origen local. Los cuerpos escultóricos (modelados) de estas botellas adoptan formas de aves, camélidos y monos. Los detalles y los motivos geométricos —por ejemplo, chevrones— son pintados en rojo sobre

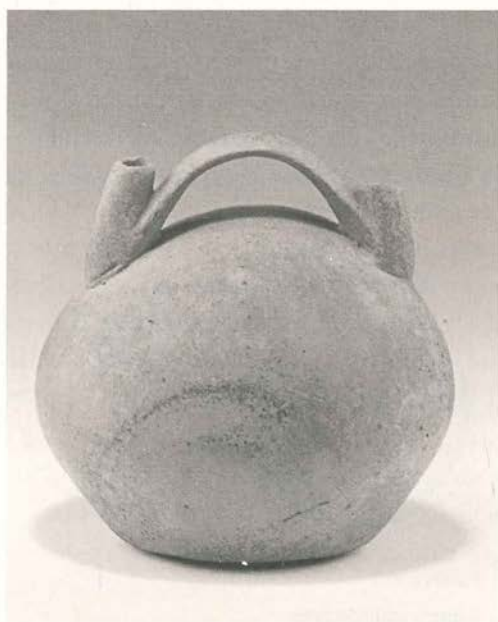


FIGURA 5
Botella con doble pico y asa puente.

crema, y blanco sobre rojo (Cárdenas 1999: lámina 43, foto 38-44). La serie de piezas recuperadas en Villa El Salvador, que incluye ejemplares similares a los de Tablada, permite seguir la evolución de este estilo hacia Lima Temprano —por ejemplo, las colecciones inéditas de los Museos de Sitio en Villa El Salvador y Pachacamac—.

Las piezas pertenecientes a la tradición alfarera del Rímac (Pinazo, Huayco Inicial y Temprano) son, por supuesto, menos recurrentes en el cementerio de Tablada que aquellas que provienen del valle aledaño. Las figurinas conforman el grupo más numeroso (figura 6; Cárdenas 1999: fotos 6, 632; Palacios 1987-1988: figuras 13-16, 40), seguidas por cántaros antropomorfos (figura 7; Cárdenas 1999: foto 31, Palacios op. cit.: figuras 41, 47, 49). Las piezas de estilo Huachipa difieren de las que fueron ejecutadas en el estilo Tablada tanto por la pasta granular, medianamente porosa, con inclusiones gruesas —35-40%, con predominancia de un elemento sin identificación segura, probable glaucofana (inosilicato anfíbole), feldespatos y epidota; alfar 3, Amaro op. cit., Curay op. cit.—, como por los detalles de acabado impresos o pintados postcocción sobre el fondo crema (figura 6).

Un aspecto que merece énfasis particular son las influencias de la iconografía recuay, cuyo impacto es directo, sin mediación del estilo Interlocking-Lima, dado que no se repiten ni las técnicas decorativas, ni los soportes habituales de este último estilo. En la cerámica, las cabezas triangulares de las serpientes entrelazadas interlocking están, por ejemplo, reproducidas en negativo —por ejemplo, vasos, Cárdenas 1999: foto 68; véase también la botella de Limay en Makowski 1999—. El motivo aparece también sobre artefactos de hueso y de metal. Los característicos felinos rampantes están también presentes. Sus figuras fueron modeladas y acopladas en la base del asa puente de una botella engobada naranja, de diseño por lo demás típicamente costeño. La cara frontal recuay con apéndices en forma de

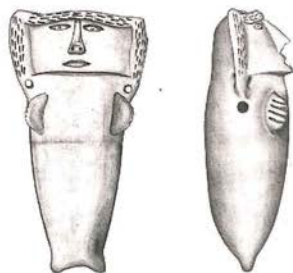


FIGURA 6
Figurina



FIGURA 7
Cántaro antropomorfo

serpientes enroscadas está reproducida solo sobre piezas de cobre dorado (Cárdenas 1999: foto 80). Las técnicas de dorado carecen de paralelos costeños salvo el alejado Alto Piura (Diez Canseco 1994; Makowski y Velarde 1996, Centeno *et al.* 1998). Recientemente, Castro de la Mata (1999) ha demostrado —mediante el estudio metalográfico y de microscopía electrónica de barrido (SEM), con análisis espectrográfico semicuantitativo (EDS)— que se usaba tanto el dorado por reducción (pluma CF SE-35-Me3 y nariguera CF SE-35-Me5), como el dorado por fusión (gancho de estólita CF SE-188-Me1). Este podría ser también un indicador de relaciones directas con la sierra, dado el sofisticado grado de desarrollo de la metalurgia recuay, pero hacen falta investigaciones sistemáticas sobre el tema.

Solo una pieza se sitúa fuera del contexto cronológico descrito. Se trata de una botella asa-estribo (Cárdenas 1999: 112-113, foto 71) cuya forma y diseño de la serpiente enroscada con cabeza felínica remite al Horizonte Temprano. La pieza fue encontrada junto con otras ocho vasijas típicas de estilo Tablada (Cárdenas 1999: 271, lámina 95; compárese con lám. 88, entierro 62, piezas 00210 y 00211, decoradas con interlocking, y lámina 96, entierro 133, con la vasija 00216, decorada con el motivo recuay), y es única tanto desde el punto de vista formal como tecnológico, tratándose de cocción en ambiente reductor. Creemos que este es un caso de reutilización de una vasija antigua, hallada fortuitamente en los alrededores del cementerio. Se ha reportado la existencia de sitios del Horizonte Temprano tanto en Tablada de Lurín como en las quebradas vecinas: La Capilla en la quebrada de Atocongo (Cárdenas 1999: fotos 91-94) y Pampa Chica en la quebrada de Manchay (véase artículo de Dulanto en este volumen).

En 1998, al finalizar la última temporada de trabajos, excavamos un entierro en pozo con características particulares puesto que, a diferencia de los demás, corcaba y destruía parcialmente otro entierro en pozo (CF SE-188) que contenía vasijas de estilo Tablada. La boca de este contexto se encontraba en el nivel C inferior y su cámara contenía una botella asa-puente con la imagen escultórica del mono y decoración tricolor (figura 8). Estilísticamente, esta pieza guarda relación con las primeras fases del estilo Lima (Tricolor y Lima 1: Patterson 1966). Cabe observar que, si bien los entierros en pozo forman a menudo densas concentraciones en las que las bocas de entierros cavados secuencialmente se sobreponen unas a otras, se percibe siempre —salvo la excepción mencionada arriba— la intención de evitar cualquier daño involuntario de las cámaras vecinas y sus contenidos.



FIGURA 8

Botella asa-puente con imagen escultórica del mono y decoración tricolor.

Características y cronología de las cámaras subterráneas de piedra

A partir del estrato C inferior fueron cavadas también amplias y profundas fosas (hasta dos metros de profundidad aproximadamente), en cuyo fondo se construyeron estructuras funerarias de piedra. Estas fosas de forma ovalada o subrectangular estaban provistas de una especie de rampa que facilitaba el acceso a la cámara. El material de construcción, lajas y bloques semicanteados de andesita, procedía de canteras localizadas en las laderas de los cerros aledaños, Tres Marías y El Mirador. Los muros de las estructuras revisten las paredes de la fosa: las piedras usadas para levantarlas están incrustadas con la parte puntiaguda en la pared de arena, mientras que la cara plana, canteada, da hacia el interior de la cámara. Los intersticios fueron rellenos con grava y argamasa de arcilla. La profundidad de la fosa está en buena parte supeditada a la intención de colocar a las ménsulas de los techos dentro del estrato de arena consolidada con carbonatos (capa F). Las formas de las estructuras son variadas. La mayoría es cuadrangular (20 sobre un total de 34, incluyendo a los que tienen un ábside en la pared del fondo); otras son poligonales (5) y ovaladas o circulares (9). De igual modo varían tamaños y sistemas de acceso. Algunas estructuras tienen puertas de acceso con vestíbulos externos, otras poseen vestíbulos con peldaños y también se observan simples aperturas en los techos. La forma de estos últimos está condicionada por el tamaño de las estructuras y por el sistema de acceso. En las estructuras medianas cuyo ancho

no sobrepasa 1,30 metros, el techo es soportado por una o dos vigas transversales de piedra. En las estructuras mayores, el techo conforma una falsa bóveda o se convierte en una especie de sello monumental con las vigas dispuestas radialmente (Ramos de Cox 1969; Cárdenas 1999: láminas 29-32; Balbuena 1996).

Las 34 tumbas subterráneas excavadas hasta el presente contenían entre tres y veinte individuos en diferente estado de articulación y conservación, y un número variable de individuos adultos y subadultos. Hemos excavado cuatro de estas estructuras con el fin de reunir evidencias para poder reconstruir el ritual funerario. Para Cárdenas (1980; 1999: 35) se trataba de entierros secundarios, pero su hipótesis no parecía convincente por la recurrente mención de individuos completamente articulados. Estos fueron hallados por Ramos de Cox y Cárdenas dentro de cámaras intactas y con poco uso, a juzgar por el número de esqueletos menor de cinco (Cárdenas op. cit.). Gracias a la excavación meticulosa y el registro fotogramétrico de cada fragmento óseo, el objetivo que nos trazamos pudo cumplirse. Basándose en los resultados obtenidos, Balbuena (1996) demostró que las estructuras eran construidas antes del primer entierro y permanecían sin techar hasta que los primeros cuerpos fuesen sepultados en su interior. Los individuos eran colocados sobre una esterilla o dentro de un cesto, sentados y con la espalda apoyada contra la pared de fondo. La posición del cuerpo no difería de la que caracterizaba a los entierros en pozo. Las improntas del coxis, la esterilla y los pies dentro de la capa constituida por la argamasa de arcilla, que cayó sobre el piso en el momento de techar la estructura, ayudaron a reconstruir la posición original de los primeros cuerpos. Algún tiempo después, la tumba recibía un nuevo grupo de cuerpos. Se reabría el techo o puerta de acceso. En las estructuras amplias, los encargados del entierro desplazaban los esqueletos anteriormente depositados hacia los lados y provocaban su desarticulación parcial o completa. Cuando la tumba tenía dimensiones reducidas —por ejemplo, estructuras redondas— era necesario sacar los osamentas antiguas y volver a acomodarlas en los espacios vacíos, luego de haber depositado a los nuevos ocupantes de la cámara. El acto de enterramiento podía involucrar a más de un difunto. El número de reaperturas es difícil de precisar pero, por lo general, superaba a cuatro eventos consecutivos, como en la EF NE-3 (Balbuena 1996: 121). Existe también la posibilidad de un número limitado de entierros secundarios. Sin embargo, la apariencia de osario es resultado de la remoción intencional de los esqueletos. Por ello, en las cámaras con poco uso, la mayoría de restos óseos aparecen articulados (Cárdenas 1981); mientras tanto en la cámaras amplias —como EF-NE-1 y NE-2 (Balbuena 1996) que contenían los restos de más de diez individuos— existen numerosas evidencias de reacomodo de partes de esqueleto, y de destrucción de osamentas debido a pisadas.

La mayoría de los cuerpos carecían de ofrendas acompañantes; tampoco eran frecuentes los adornos, como elementos de tocado y placas de cobre dorado, collares de cuentas, y los piruros o las agujas de hueso. Hay premisas para pensar en rituales de ofrenda relacionados, por un lado, con la fundación, y por el otro, con la última sepultura. En la tumba EF NE-3 (Balbuena op. cit.) la ofrenda de fundación estaba compuesta por un cráneo de venado y un par de antaras de terracota. En todas las estructuras funerarias que hemos excavado, fue posible registrar las ofrendas relacionadas con los individuos depositados al final, antes del cierre definitivo de la cámara. Las ofrendas incluían vasijas ceremoniales o utilitarias, vasijas-miniatura, a veces también porras, cuernos de venado o sus sustitutos en arcilla. En algunos casos otras actividades rituales acompañaron la ceremonia durante la cual fosa se rellenaba y se cubría con un sello de lajas, una de las cuales se colocaba verticalmente y servía de marcador. Por ejemplo, en la tumba EF NE-6, un cántaro que contenía carne trozada de venado y lobo marino fue depositado dentro del relleno de la fosa, encima del techo.

El fechado de las tumbas subterráneas fue materia de polémica. Ramos de Cox (1960) ha observado correctamente que varias estructuras destruyen parcial o totalmente a los entierros en pozo (Cárdenas 1999: 32-33, lámina 27). En efecto, no solo hemos encontrado (Makowski 1996b) varios de estos entierros cortados por muros de las tumbas, sino que partes de esqueletos humanos y de cerámica, correspondientes a contextos disturbados, estaban diseminados en los rellenos, dentro y fuera de las cámaras. Asimismo, hemos comprobado la reutilización de algunas vasijas provenientes de entierros parcialmente destruidos (Balbuena 1996). La coincidencia fortuita entre el nivel de la cima de los techos y los estratos precerámicos, así como la migración del material lítico por las grietas naturales que se forman en el suelo de la loma (véase nuestro artículo en este volumen), han inducido a un posterior error de apreciación: Ramos de Cox (1969) cambió de opinión y asignó las estructuras al Periodo Precerámico; la arqueóloga planteó asimismo que estas fueron reutilizadas para fines funerarios durante el Periodo Intermedio Temprano y el Horizonte Medio. El error se hizo evidente en el transcurso de nuestras excavaciones (en el lugar citado) de las tumbas localizadas en el Sector NE de Tablada, donde no hay evidencias de ocupación precerámica previa. Por su parte, Cárdenas (1980, 1999: 32-33) sigue sosteniendo que las tumbas subterráneas de piedra y los entierros en pozo corresponden a dos tradiciones ceremoniales coetáneas, basándose en el hallazgo de fragmentería tablada dentro de la argamasa del techo de una de las estructuras. Desde nuestro punto de vista, dicho

hallazgo determina solo un *terminus postquem* para la construcción de la cámara, y las evidencias estratigráficas expuestas arriba son suficientemente contundentes para plantear la posterioridad de las cámaras subterráneas de piedra respecto de la tradición de entierros en pozo. Sin embargo, cabe la posibilidad de que los últimos entierros en pozo con cerámica de Lima Temprano sean contemporáneos con las tumbas de cámara, dada la ubicación estratigráfica de ambas categorías de contextos. Nos llama también la atención que en ambos casos se comprueba una descomunal falta de respeto que implica la destrucción intencional de entierros más antiguos, cuyos ajuares contienen piezas cerámicas correspondientes a los estilos vigentes al inicio del Periodo Intermedio Temprano.

Para definir correctamente las cronologías de las cámaras es menester descartar vasijas provenientes de entierros en pozo destruidos, tanto las reutilizadas como las que fueron simplemente depositadas por casualidad junto con la tierra del relleno. El conjunto restante posee varias características singulares que lo distancian del material de Tablada, Villa el Salvador B/R y Huachipa, a pesar de indudables lazos de continuidad en el repertorio de formas alfareras. Además de las características de la pasta, es interesante la presencia recurrente de engobe rojizo o ante. Es también frecuente la presencia de diseños geométricos simples —líneas verticales— pintados en rojo encendido sobre el engobe (figura 9). Entre las formas más diagnósticas encontramos las botellas-cantimploras de un solo pico (Cárdenas 1999: lámina 190, 000027), platos ovalados con base anular, cuencos con decoración en relieve (Cárdenas 1999: lámina 195, 09134, 09142) y vasijas-miniatura. La única botella asa-puente recuperada (Cárdenas 1999: lámina 195, 09134; foto 40, izquierda) se asemeja a las botellas ornitomorfos decoradas con pintura roja con fondo claro de Villa El Salvador, pero el fondo de una rara tonalidad amarilla está aplicado sobre una superficie bruñida y el diseño del ave está

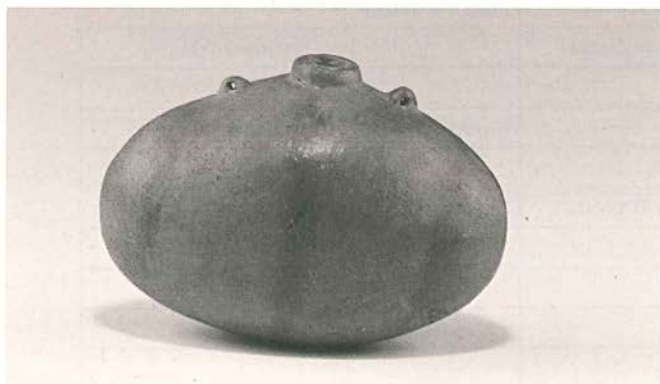


FIGURA 9

Vasija con líneas verticales pintadas en rojo encendido sobre engobe rojizo o ante.

esquemático. Las formas de los cántaros de cuello alto con asas laterales (Cárdenas 1999: lámina 195, 09143) encuentran paralelos en los núcleos funerarios de El Panel, que probablemente formaban parte del complejo de cementerios de Villa El Salvador (Paredes 1984; 1986; véase también el artículo de Maguñá y Paredes en este volumen). En resumen, las evidencias estratigráficas y estilísticas son coincidentes. Los cementerios de Tablada de Lurín estuvieron en uso intensivo antes de que la cerámica ceremonial del valle adopte diseños y técnicas decorativas propias del estilo Playa Grande o Lima Temprano, por un lado, y Carmen o Nazca, por el otro (véase, por ejemplo, Lapa Lapa de Chilca, Engel 1966b; Stothert y Ravines 1977).

Cuadro 1. Cronología relativa para los sitios del Periodo Intermedio Temprano en la costa central

Fecha	Valle de Lurín	Valle del Rímac	Cronología estilística
700 d.C.		Nievería, Maranga, Cajamarquilla	Lima 8-9
600 d.C.			
500 d.C.		Huaca Pucllana	Lima 6-7
	Pachacamac		
400 d.C.		Cerro Culebra	Lima 2-5
300 d.C.	Tablada (cámaras).		
200 d.C.	Limay		Lima 1
	Panel	Huachipa (Huayco)	Tricolor
100 d.C.	Villa El Salvador II		Miramar-Urbanización
		Huaca Huallamarca	
0	Tablada (pozos)		Miramar-Polvorín
100 a.C.		Huachipa (Pinazo)	Miramar-Base Aérea
200 a.C.	Villa El Salvador I	Huachipa (Cerro)	
300 a.C.			
400 a.C.	Pampa Chica		

Cronología absoluta

Los tres fechados de las excavaciones de Ramos de Cox y Cárdenas corresponden a muestras de material óseo y arrojan resultados más tardíos de lo esperado (véase cuadro 2, calibraciones según Ziolkowski; Pazdur *et al.* 1994; el primer resultado calibrado es para un valor de la desviación estándar; el segundo, para dos) y poco verosímiles.

Cuadro 2. Cronología absoluta para los sitios del Periodo Intermedio Temprano en la costa central

Tablada de Lurín Entierro 8 GAK-2247	1.370 ± 240 a. del p.	426 - 949 d.C. 157 - 1.167 d.C.
Tablada de Lurín Entierro 172 PUCP-13	1.530 ± 90 a. del p.	444 - 612 d.C. 315 - 669 d.C.
Tablada de Lurín Entierro 166 UGA-1451	1.590 ± 120 a. del p.	
Playa Grande (PV46-78) GX-455 (cerámica Lima 1)	1.485 ± 100 a. del p.	452 - 657 d.C. 380 - 772 d.C.
Cerro Culebras (PV46-3) LJ-1348 (cerámica Lima 3)	1.630 ± 150 a. del p.	257 - 599 d.C. 78 - 678 d.C.
Cerro Culebras (Engel) I-1562 (cerámica Playa Grande)	1.500 ± 120 a. del p.	439 - 654 d.C. 260 - 779 d.C.
Cerro Media Luna (Quilter) I-12713	1.220 ± 80 a. del p.	706 - 891 d.C. 669 - 976 d.C.
Cerro Media Luna (Quilter) I-12714	1.510 ± 80 a. del p.	453 - 636 d.C. 417 - 667 d.C.
Cajamarquilla (Taschini) R-301 (cerámica Maranga)	1.100 ± 100 a. del p.	815 - 1.076 d.C. 706 - 1.162 d.C.
Cajamarquilla (Taschini) R-302 (cerámica Maranga)	1.160 ± 50 a. del p.	821 - 967 d.C. 777 - 994 d.C.

El cementerio y los asentamientos

Desde 1958 hasta la fecha se ha podido comprobar que el cementerio de entierros en pozo tiene una extensión no menor de dieciséis hectáreas, sin contar núcleos aislados de entierros dispersos sobre 52 hectáreas del área arqueológica delimitada y también fuera de ella. Si tomamos como promedio la densidad de la ocupación funeraria observada en nuestra Unidad A del Sector SE de 1.500 metros cuadrados (figura 10): 382 entierros individuales y múltiples (569 individuos) —es decir un contexto en promedio por 3,93 metros cuadrados (0,38 individuo cada metro cuadrado)—, podría haber en Tablada un total de 40.712 contextos con 60.800 individuos. Cabe mencionar que la densidad de entierros en el Sector Primero excavado por Ramos de Cox y Cárdenas (1999) podría ser mayor que la citada, pero la estimación precisa es imposible, dado que no se exploraron hasta el final todos los pozos funerarios cuyas bocas estuvieron expuestas. La densidad observada en dos amplios sondeos realizados por nosotros en el Sector NE, ubicados 300 metros al norte de la Unidad SE-A sobre la inclinada ladera de la quebrada de Atocongo, fue también mayor a la del Sector SE: un contexto por cada 2,88 metros cuadrados (52 contextos sobre 150 metros cuadrados). Las evidencias crean una buena base para estimaciones tentativas de orden demográfico. Los adultos de ambos sexos —284— constituyen un 39,1% de la población en nuestra

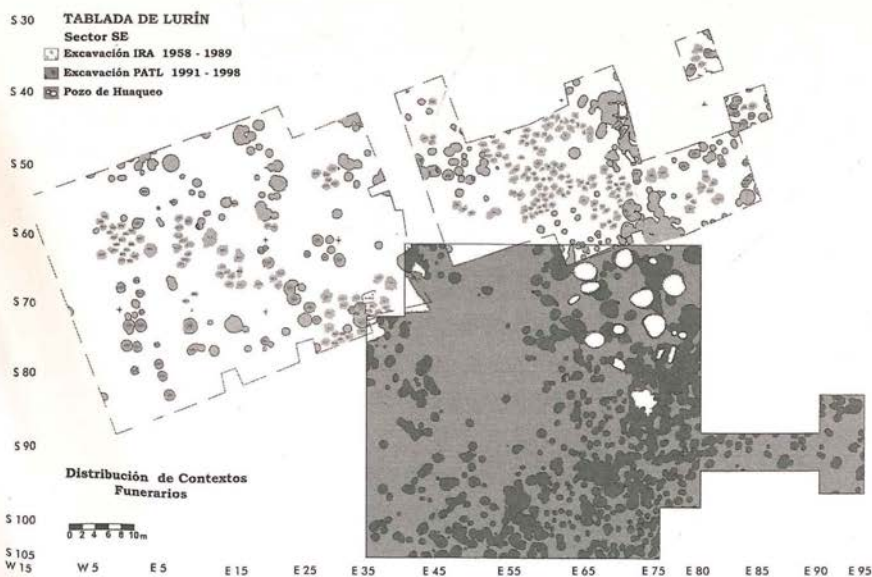


FIGURA 10
Plano de distribución de matrices en el Sector SE-A.

muestra (véase Tomasto 1998). A juzgar por la reducida variabilidad estilística de las ofrendas, el cementerio de entierros en pozo estuvo en uso por un lapso no mayor de 300 años. El estimado de 20.672 de adultos de ambos sexos se distribuiría, por ende, entre no más de quince generaciones, es decir, aproximadamente 1.378 individuos adultos por generación como mínimo. De ahí que resulta claro que si el cementerio no estuvo asociado a un asentamiento grande de características protourbanas, debió haber sido utilizado por habitantes de varias aldeas.

Durante un intenso programa de prospecciones de nuestro proyecto a cargo de Jalh Dulanto, Krzysztof Makowski y Hernán Carrillo, no se registraron evidencias de asentamientos anteriores al Periodo Intermedio Tardío en las lomas de Atocongo, incluyendo al elevado tablazo arenoso de Tablada de Lurín. En cambio el valle de Lurín, incluyendo las laderas y las desembocaduras de las quebradas laterales, estuvo densamente poblado a fines del Horizonte Temprano e inicios del Periodo Intermedio Temprano. Desafortunadamente la mayoría de los sitios ubicados por Patterson (*et al.* 1982) y Engel (1987 *inter alia*) han desaparecido debido básicamente a la expansión urbana. Patterson (op. cit.) localizó dos concentraciones de sitios correspondientes al Periodo Intermedio Temprano 1-3 en la parte baja y ancha del valle entre el litoral y Cieneguilla: en la desembocadura de la quebrada de Atocongo y sus inmediaciones (sitios 150, 208, 209, 217, 223, 224, 254, 240) sobre la margen izquierda, y al pie del Cerro Manzano (sitios 116, 118, 318). Dos concentraciones más se encuentran en las laderas del valle que se estrecha, arriba de Manchay y Cieneguilla, respectivamente, sobre la margen derecha (sitios 24, 27, 46, 47, 64, 68, 175) e izquierda (sitios 51, 55, 63, 73, 75, 91, 92, 96, 98; Patterson *et al.* 1982: 74, 77, figura 2-4). Cabe mencionar que los sitios mencionados son conchales, terrazas habitacionales y concentraciones de cerámica en la superficie, con extensión promedio menor de media hectárea (Patterson ms.).

Basándose en las características de las pastas de la fragmentería recogida en superficie, Patterson y sus colegas (1982: 66) establecieron diferencias entre los sitios: aquellos ocupados por las poblaciones serranas y aquellos correspondientes a pobladores costeños. En Tablada de Lurín, en los cementerios de Villa El Salvador y en el asentamiento Limay (Cáceres en Makowski 1999), ambos grupos de alfares se encuentran directamente asociados en un gran número de contextos funerarios, así como también en los espacios domésticos, predominando numéricamente la fragmentería y las piezas enteras que corresponderían a los alfares del valle alto en la terminología de Patterson (*et al.* 1982.) Los supuestos alfares del valle bajo de Patterson agrupan probablemente —a juzgar por su escueta descripción y algunas menciones en las notas de campo— a botellas, cántaros de tamaño

reducido y cuencos de los estilos Topará, Huachipa-Pinazo y Huachipa-Huayco. Por consiguiente, nos parece muy probable que los cementerios de Tablada de Lurín hayan sido utilizados por los habitantes de las aldeas dispersas entre Atocongo y Cieneguilla, y sus inmediaciones. En cambio, no cabe duda de que los habitantes del litoral entre Pachacamac y Lomo de Corvina se sepultaban en un lugar diferente. En los núcleos funerarios de El Panel (Paredes 1984, 1986), Las Esteras y Ferrocarril (Stothert 1980; Stothert y Ravines 1977, Konvalinova 1976b; Delgado ms.) —que probablemente conforman un único y extenso cementerio— se han encontrado grupos de entierros contemporáneos con los de Tablada. La posición del cuerpo, varias formas de cerámica (Cárdenas 1999) y los utensilios de hueso y metal son muy similares en ambos cementerios. En cambio, las formas de la matriz —en Lomo de Corvina es una fosa de poca profundidad cavada en la arena—, algunas costumbres, como, por ejemplo, depositar un adobe cerca del cuerpo o cubrir la superficie de un núcleo de entierros con un sello de arcilla (Paredes op. cit.), y, sobre todo, las orientaciones, son distintas en ambos casos. Los individuos encontrados *in situ* en Lomo de Corvina estaban siempre orientados al oeste, hacia el mar y no hacia el este (hacia la sierra). La popularidad del estilo Huachipa, los motivos ornitomorfos y la frecuencia de restos marinos en el ajuar llaman también nuestra atención puesto que en Tablada predominan ofrendas de grandes mamíferos, camélidos y cérvidos, y el motivo del felino es más frecuente que el del ave; asimismo el estilo Huachipa es poco representado.

El caso del cementerio de estructuras subterráneas de piedra es algo diferente. En primer lugar, tanto la arquitectura como la cerámica evocan paralelos del valle medio y alto, e incluso de la vertiente oriental (cf. *supra*). Por otro lado, hay varios indicios para pensar que los muertos enfardelados y sentados dentro de canastas fueron transportados al lugar del entierro definitivo desde distancias considerables. Lo indican, entre otros, la pirámide demográfica completamente invertida, con predominio absoluto de adultos de ambos sexos y ausencia de infantes menores de un año; el número muy reducido de ofrendas, salvo piezas que podrían caber dentro del fardo, entre adornos, armas y recipientes-miniatura de cerámica; y varios casos comprobados de entierros secundarios que acompañan a los primarios (Balbuena 1996). Es una lástima que, salvo el trabajo de Earle (1972), la situación cultural en el valle alto y en la sierra de Yauyos durante el Periodo Intermedio Temprano no haya sido investigada. Por ello, la localización de aldeas de donde provendrían los difuntos en la porción media y alta del valle de Lurín, arriba de Chontay, debe quedar como una propuesta aún imposible de contrastar.

La organización espacial del cementerio

El cementerio de entierros en pozo

Varias premisas nos hacen pensar que la localización de cada entierro estaba normada por una serie de reglas y no dependía exclusivamente de la voluntad de los deudos u oficiantes encargados del ritual funerario. Los entierros poseían marcadores o se organizaban en grupos alrededor de un amontonamiento de lajas (figura 11). Hay, además, indicios inequívocos de que los marcadores permitían efectivamente ubicar la tumba algunos meses o años después del primer entierro. El 8,5% de todos los pozos fue reabierto una o varias veces consecutivas. Las reaperturas dejaron huellas claras: rellenos parcialmente evacuados en el ducto, restos óseos desplazados o completamente desarticulados por haber sido reubicados para dar cabida a otro(s) individuo(s) completamente articulado(s), en algunos casos cámaras ampliadas y ajuares alterados. Por otro lado, las vasijas-ofrenda depositadas en la superficie entre marcadores y tumulillos sugieren la existencia de algún tipo de culto posterior al entierro y a la clausura del pozo. Asimismo, los entierros no se distribuyen de manera aleatoria ni ordenada equidistante. Al contrario, los entierros individuales típicos conforman agrupaciones que a su vez se distribuyen alrededor de los espacios relativamente libres de entierros. En estos espacios hemos encontrado solo algunos entierros atípicos que corresponden a



FIGURA 11

Grupo de lajas que señalan la ubicación de un grupo de contextos funerarios. Sector NE-A1.

tres categorías. La más frecuente es la de pozos vacíos o vaciados ex profeso, lo que se desprende del hallazgo de falanges y en algunos casos de fragmentería cerámica en la cámara, con ausencia de otros elementos del cuerpo. La segunda categoría comprende entierros de individuos mutilados, cuyos cuerpos fueron depositados de cúbito ventral en una fosa de profundidad menor de un metro. Finalmente, ofrendas de batracios dentro de una matriz similar a la de un entierro humano conforman la tercera categoría de contextos atípicos. Como lo sugiere la descripción, los espacios mencionados fueron aparentemente considerados inadecuados para entierros normales.

Las agrupaciones de entierros típicos también revelan posibles rasgos de organización premeditada. Los entierros individuales de niños menores de un año parecen delimitar espacios de forma circular u oval. Al interior de cada uno de estos espacios se perciben varias densas concentraciones de entierros de adultos de ambos sexos, entierros múltiples y entierros con reaperturas. Desafortunadamente, los límites de cada agrupación son poco precisos debido al crecimiento de los núcleos vecinos durante el tiempo en que el cementerio estuvo en uso. A pesar de ello, resulta claro que la distribución respectiva de entierros de infantes, niños y subadultos con relación a los adultos de ambos sexos no tiene las características que se esperarían si la pertenencia a una familia nuclear determinase la localización de cada sepultura. Varios adultos de ambos sexos comparten el mismo espacio funerario sugiriendo que este fue asignado más bien a una familia extendida compuesta por veinte a treinta miembros en promedio. En los entierros múltiples, los subadultos, niños e infantes comparten la misma tumba con los adultos de ambos sexos. No existe, por ende, una asociación preferente de los niños con sus madres potenciales. Además, la composición demográfica de cada agrupación se aproxima, en términos de porcentajes por cada categoría de sexo/edad, a la composición demográfica de la totalidad de la muestra. Hemos sugerido anteriormente (Makowski 1994b; Makowski y Castro de la Mata 2000), a partir de los resultados de las excavaciones en la unidad A del Sector SE (figura 10), que las concentraciones se agrupaban en anillos alrededor de espacios semivacíos con entierros atípicos. Las imprecisiones del croquis de Cárdenas (1999) no permiten contrastar esta hipótesis de manera completamente satisfactoria. Por otro lado, no cabe duda de que el cementerio comprende extensos sectores compuestos, cada uno de ellos, por varios miles de entierros contemporáneos, y que hay amplios espacios sin uso que separan estos sectores, además de espacios internos en cada uno que albergan solo ofrendas y entierros atípicos. Por ello, seguimos sosteniendo que en la organización del cementerio se refleja la estructura política normada por reglas de parentesco y de territorialidad, idea planteada al principio como hipótesis de trabajo.

No existen diferencias en el estilo de las ofrendas, ni en los comportamientos funerarios entre una y otra agrupación; tampoco entre sectores diferentes del cementerio. La mayoría de entierros contiene cerámica de estilo Tablada cuyas características (mala cocción, permeabilidad, friabilidad) y falta de huellas de uso —a excepción de los platos de alfarero— sugieren que fue confeccionada exclusivamente como ofrenda funeraria, utilizando para ello el paleteado (*beating*) de una mezcla de arcillas locales procedentes de la quebrada de Atocongo (Amaro ms.; Curay ms.). Pequeñas diferencias en los detalles de morfología y profundidad de las cámaras, y en los porcentajes de recurrencia de algunas clases de objetos —por ejemplo, adornos de metal, cerámica traída del valle y exótica— se perciben comparando entre sí a las agrupaciones. Por estas razones, pensamos que el cementerio de Tablada puede ser entendido como un espacio ceremonial, en donde la unidad de un grupo étnico asentado en el valle bajo y medio consolidaba su unidad mediante el esfuerzo mancomunado de producción de bienes funerarios y mediante la participación en los rituales de entierro. Cada comunidad territorial (sectores) y cada familia extensa (agrupación) tuvieron asignado su propio espacio. Es significativo que las comunidades asentadas en el litoral y dedicadas a la pesca probablemente no tuvieron acceso al cementerio y eran sepultadas cerca de su lugar de residencia.

En el caso del cementerio de cámaras subterráneas, claramente posterior al cementerio de entierros en pozo, las tumbas también conforman agrupaciones de dos a seis estructuras (por ejemplo, Sector NE, Makowski 1996b). Hemos podido comprobar en el caso de uno de los núcleos excavados por nosotros (Makowski 1996b.) que tres cámaras subterráneas fueron construidas una después de la otra. La variación de la cantidad de individuos en el interior de las estructuras intactas —entre dos y veinte entierros primarios— sugiere que cada una de ellas fue construida por un grupo familiar, y utilizada hasta la muerte del fundador para sepultar a sus parientes. Las reaperturas y reacomodos consecutivos y la recurrente relación de las ofrendas con los últimos enterramientos merecen ser citados también como argumentos en favor de esta hipótesis. Los núcleos de las cámaras subterráneas conforman una o dos filas paralelas, alineadas en eje este-oeste.

Los datos a nuestra disposición sugieren, por lo tanto, que en ambos casos analizados el lugar de sepultura era determinado por la pertenencia a un grupo territorial y de parentesco equiparable en líneas generales con el ayllu de las fuentes coloniales (Isbell 1997). Sin embargo, ni los entierros en pozo ni las cámaras subterráneas tenían un acceso fácil como las chullpas, y no hay evidencias de atenciones permanentes al difunto. Cuando el último individuo con derecho de

sepultura en el lugar era depositado dentro de la cámara, esta se sellaba definitivamente.

Rango, estatus e identidad en vida y después de la muerte

Los ajuares de Tablada contienen a menudo objetos que tradicionalmente fueron considerados en la arqueología como indicadores de un alto estatus social (por ejemplo, Carmichael 1988; 1995; con reservas Rowe 1995; véase también Brown 1981; Wason 1994): tocados y armas de cobre dorado, adornos de sodalita y *Spondylus princeps*, orejeras y láminas de oro, botellas escultóricas, etcétera. Por otro lado, los análisis (Castro de la Mata 1999; Makowski y Castro de la Mata 2000) han demostrado un sorprendente conocimiento de técnicas metalúrgicas para la época, incluyendo métodos de dorados por fusión y reducción, los mismos que fueron usados por los metalurgistas moche de Loma Negra (Diez Canseco 1994; Centeno *et al.* 1998; Makowski y Velarde 1998). Consideramos que el seguimiento de la distribución de estos objetos en el cementerio es una de las maneras más precisas de definir el lugar de los individuos privilegiados dentro de la sociedad. La base de datos que maneja nuestro proyecto, elaborada por Castro de la Mata y Tomasto, permite crear una matriz escalonada de incidencia de elementos del ajuar con relación al tipo de entierro, sexo y edad, y posteriormente seguir la distribución de las categorías de entierros o los rasgos relevantes con el programa Mapinfo.

Sexo	
1	Femenino
2	Probablemente femenino
3	Indeterminado
4	Probablemente masculino
5	Masculino

Edad	
0	Fetal
1	Perinatal
2	2-4 años
3	5-9 años
4	10-14 años
5	15-19 años
6	20-29 años
7	30-39 años
8	40-49 años
9	Más de 50 años
0	Adulto
<	Menor de
>	Mayor de

Hemos analizado una serie de 125 entierros individuales del Sector SE. En esta muestra, 28% de los entierros masculinos y el 57% de los entierros femeninos podrían ser considerados como contextos «pobres» puesto que, o carecían de ofrendas, o estas se limitaban a menos de dos ítems, incluyendo adornos (categorías A y B del cuadro siguiente). Aproximadamente una tercera parte (38% de entierros masculinos y 27% de femeninos) contenía de dos a cuatro ítems (categoría C). Un grupo de contextos aun menor, 34% de masculinos y 16% de femeninos, podría ser considerado como entierros de élite si no fuese por la distribución. Este último grupo de contextos funerarios (categoría D) se caracteriza por contener armas entre cabezas de porra y ganchos de estólita, aplicaciones de cobre dorado, platos hondos finos en estilo foráneo (Topará), adornos con sodalita y tocados complejos de metal. El número de ítems asociados varía entre cuatro y veintidós.

Características de las asociaciones	Cantidad de entierros masculinos	Porcentaje	Cantidad de entierros femeninos	Porcentaje
A. Sin asociaciones	11	17%	10	17%
B. Menos de dos ítems; asociaciones comunes y adornos	07	11%	24	40%
C. Más de dos ítems; asociaciones típicas para cada sexo	25	38%	16	27%
D. De dos a veintidós ítems; asociaciones típicas para cada sexo y excepcionales	22	34%	10	16%

Es significativo que estas cuatro categorías tan diferenciadas no creen agrupaciones separadas. Todo lo contrario; cada uno de los núcleos correspondientes probablemente al lugar de entierro de los miembros de una familia extendida contiene indistintamente contextos funerarios de las cuatro categorías, unos junto a otros y en proporciones parecidas de un núcleo a otro. Estas proporciones son cercanas a los promedios que hemos presentado arriba. Los entierros de la categoría D tienden a concentrarse en la parte media de cada núcleo. Sorprendentemente, encontramos también un número considerable de adornos de cobre dorado, sodalita y *Spondylus sp.* en los entierros con ajuares limitados de la categoría B y en los entierros de edad perinatal así como de niños (Tomasto 1998). Ello parece indicar que la distribución de objetos, posible indicador de rango y

estatus social, ha sido uniforme entre las unidades de parentesco y las eventuales desigualdades en el tratamiento funerario se manifestaban dentro del grupo. Tomasto (op. cit.) ha demostrado que los niños a partir de uno año de edad recibían las mismas atenciones durante la ceremonia fúnebre que los adultos. En la larga serie de 140 entierros de subadultos de uno a catorce años están representadas las cuatro categorías descritas arriba, si bien el porcentaje de entierros «ricos» de la categoría D es mucho más restringido que en el caso de adultos. Ello conlleva a la conclusión de que el estatus fue adscrito a los integrantes del mismo grupo de parentesco a partir de un año de edad, quizá con relación al orden de nacimiento —primogénito, segundo hijo/hija—. El bajo estatus en el caso de los adultos (categoría A) podría relacionarse, por ejemplo, con la falta de prole o la pérdida de todos los hijos.

La gran variabilidad de ajuares permite entrever posibles roles sociales y quizá también nuevas identidades adquiridas durante la ceremonia fúnebre. Los fetos y los individuos menores de un año reciben un tratamiento especial: carecen de ajuar salvo algunos casos con conchas marinas, o adornos como pulseras y aretes. Sin embargo, diversos objetos como vasijas, adornos e incluso armas se depositan en la boca de estos entierros (Tomasto 1998). Los individuos de las categorías C y D reciben como ofrenda una serie de objetos diferenciados de acuerdo al sexo. En el caso de las mujeres se trata de botellas cantimploras, llamadas también frejoloides (figura 4), y de implementos de alfarería como platos de alfarero con el característico desgaste, pulidores, alisadores, desbastadores de conchas y bolas de arcilla. En el caso de los hombres el repertorio es mucho más variado y deja entrever una posible clasificación por roles, reales y/o simbólicos (Binford 1971; Pader 1982). En primera instancia los instrumentos musicales, antaras y tambores de terracota (Makowski 1999a) y flautas de hueso (Rodríguez 1998, 1999), son exclusivos de los entierros masculinos y aparecen con mucha frecuencia. Igualmente frecuentes son las cucharitas posiblemente relacionadas con el consumo de alucinógenos (Elera 1994), tabletas de rapé y tubos. En muy pocos casos, estos implementos se asocian a objetos considerados parafernalia de shamanes, tal es el caso del calero, espejo de antracita, minerales raros, piedras de forma especial o los cráneos de venados con toda su cornamenta. Otros conjuntos de asociaciones como las armas y posibles implementos de textilera y peletería son más escasos. Diversos tipos de agujas e instrumentos trabajados en metapodios de camélidos, parecidos a los que se usan actualmente en el trabajo de telar (*wichuñas* o *alwiñas*) se encuentran en Tablada, exclusivamente en entierros masculinos. Las escápulas trabajadas de llamas (Rofes ms.; Rodríguez op. cit.), minerales como limonita y hematita, restos de

ceniza y alisadores rectangulares de piedra son también recurrentes en los entierros masculinos y parecen corresponder a útiles para el trabajo de pieles. Útiles similares fueron sometidos a análisis traceológicos y comparativos por Lavallée (*et al.* 1995). Un grupo de entierros masculinos destaca finalmente por la presencia de cráneos y cornamentas de venados (Rofes *op. cit.*, Rodríguez *op. cit.*). Cabe mencionar que solo los entierros de las categorías C y D, incluyendo sepulturas de niños a partir de un año de edad, contenían objetos distintivos del sexo. Estos últimos se caracterizan además por la presencia de estatuillas, silbatos y algunos tipos de adornos en ausencia de objetos posiblemente relacionados con el uso de alucinógenos. Salvo la categoría A, en todos los entierros restantes suelen encontrarse ofrendas alimenticias de conchas, aves, roedores o reptiles, así como vasijas de cerámica (ollas, cántaros, botellas).

Estructura social y relaciones de poder

El cuadro que se esboza a partir del análisis de la variabilidad de los ajuares y la distribución de las categorías de entierros en el espacio organizado del cementerio parece corresponder a una sociedad cuya organización está cimentada por lazos de parentesco y por la conciencia de pertenecer a una sola etnia. El ritual y el estilo de la cerámica ceremonial de uso funerario son compartidos por casi todos los miembros de la sociedad a partir de un año de edad. El ajuar enfatiza los roles relacionados con el género —mujeres-alfareras, hombres-oficiantes-músicos— y con las actividades básicas de caza, guerra, producción de textiles y pieles. Los dirigentes, con atributos respectivos de guerreros y oficiantes o shamanes, son sepultados juntos con los miembros de su extensa familia y dentro de los límites del espacio funerario asignado a su unidad territorial y de parentesco. A pesar de la ausencia de arquitectura monumental y el patrón disperso de asentamiento, no cabe duda, creemos, que se trata de una sociedad organizada, probablemente del tipo de jefatura superior (*complex chiefdom*), capaz de controlar un valle e incluso quizá someter a la población del litoral. Para evaluar el alcance de nuestras inferencias resultaría útil una breve reflexión diacrónica. Un gran cambio se percibe en el valle de Lurín a partir de la época definida en el tiempo por la aparición del estilo Lima Temprano (fases 3, 4 de Patterson 1966). El cambio no se limita a la introducción de cerámica ceremonial y de élite con iconografía foránea, inspirada en motivos de la sierra norte (Recuay). En primer lugar, aparece arquitectura monumental en Pachacamac y Huaca Colorada. Además, en las cumbres, en los lugares defensivos, incluyendo el espectacular Pan de Azúcar cerca de Manchay y Cardal se construyen grandes asentamientos aglutinados. La distribución del

estilo Lima (Patterson *et al.* 1982) sugiere que los mecanismos políticos integraron el valle bajo, el valle medio, e incluso el valle alto (Earle 1972). En este contexto ocurre también un cambio en los comportamientos funerarios. Los grandes cementerios caen en desuso. A juzgar por las evidencias de superficie y paralelos del Rímac, Chillón y Chancay, la población es enterrada cerca del lugar de residencia, como en el área mochica. Es muy probable que, en la costa central como en la costa norte, el estatus del grupo se relacionase directamente con el lugar de residencia. Nosotros hemos excavado en Limay uno de estos asentamientos de la época Lima 1, correspondiente a población especializada en marisqueo (Makowski 1999b). A la luz de las evidencias presentadas habría que reformular las interpretaciones del fenómeno lima vertidas en los trabajos de Earle y Patterson. No cabe duda de que el valle fue habitado al inicio del Periodo Intermedio Temprano por poblaciones diferenciadas en cuya cultura se percibían rasgos predominantes de la sierra y de la costa respectivamente, como ha sugerido Patterson (*et al.* 1982). Sin embargo, la presencia del mosaico de estilos cerámicos no indica necesariamente una fragmentación política y organización espacial de tipo archipiélago. Nos parece más probable que un complejo sistema basado en parentescos directos e indirectos y una conciencia de origen común permitía a un grupo étnico cohesionado dominar el valle. Es también probable, siguiendo la tesis de Earle (*op. cit.*), que la difusión del estilo Lima a lo largo de la costa y hacia las cabeceras de valles se explicase por una nueva organización política correspondiente a un Estado. Sin embargo, esta nueva organización se crea relativamente tarde en la secuencia cronológica y tiene por causa probable el mecanismo de conquista. Las élites del Estado Lima se identificarán con el estilo y ritual funerario foráneos.